

XIV.

—Y decidme, padre, dijo la infanta, ¿cómo puede ser eso? ¿A qué rey puedo yo salvar, y á la ventura de qué reino puedo yo contribuir?

Vuecencia (1), señora, dijo fray Miguel de los Santos, ha tenido un primo que murió desgraciadamente en una gran empresa, cuando él era muy jóven, y vuecencia todavía muy niña.

—El rey don Sebastian de Portugal, dijo la infanta, que cometió la imprudencia de no oír los consejos de mi tío y fué á perecer á Africa.

—Eso dicen, señora; pero el rey don Sebastian no pereció; vive, y vasallos hay en su reino que lo saben, que trabajan en silencio para que vuelva á su reino, y que verian con gran contento á vuecencia esposa del rey don Sebastian.

—Pero el rey don Felipe no consentiria nunca en reconocer al rey don Sebastian, si es que vive, y pueden suceder grandes desgracias.

—El rey no puede desconocer á su sobrino, el rey don Sebastian, ni hacer que sus vasallos, que le conocen, le desconozcan, ni siendo tan justo, pretender seguir usur-

(1) Doña Ana de Austria, aunque estaba considerada por todos como infanta, no lo era; pero estaba reconocida por el rey, como sobrina carnal suya, por ser hija natural de don Juan de Austria; se la concedian consideraciones de infanta y el tratamiento de Excelencia, como se hizo con su padre.

pando un reino que tiene por herencia, y que apareciendo su legítimo rey, no puede retener por ningun derecho divino ni humano.

—Aunque eso sea, dijo la infanta, el rey mi señor no me dará licencia para casarme aunque el Papa me dispense mis votos.

—Desde que vuecencia es religiosa, señora, dijo fray Miguel de los Santos, está bajo la absoluta obediencia del Papa, y si el Papa mandase á vuecencia casarse con el rey de Portugal, vuecencia no podria dejar de obedecer.

—Obedeceria resignada, contestó doña Ana, bajando los ojos y poniéndose vivamente encendida; y digo mal resignada, obedeceria contenta por ser el esposo que me daria el Papa mi primo el rey don Sebastian.

—Don Sebastian es muy bravo, muy noble y muy caballero, y no merece las tribulaciones y las desgracias por que ha pasado.

—Siempre he tenido yo una muy buena memoria para el rey don Sebastian, y por muchas razones mi padre, el señor don Juan de Austria, amaba mucho á su hermana la princesa doña Juana, madre del rey don Sebastian; y á más de eso, el rey don Sebastian fué vencido en Africa y se le tuvo por muerto el mismo año y dos meses antes que mi padre muriese en Namur de una manera harto desgraciada.

—Como que dicen, contestó sutilmente fray Miguel de los Santos y bajando la voz como si hubiera temido que le escuchasen las paredes, que el señor don Juan de Austria murió á consecuencia de haber usado unos bor-

ceguíes moriscos que tenían entre la entretela una sustancia venenosa, y que quien le habia regalado aquellos borceguíes, sabia que daba con ellos mucho gusto al rey don Felipe.

—¡Callad! dijo doña Ana poniéndose mortalmente pálida; sobre nuestra familia pesa sin duda la maldicion de Dios.

—Vos lo sabeis; el rey don Felipe encontró muy á su gusto que el 4 de agosto de 1578 desapareciera en los campos de Alcázar-Kivir su sobrino el rey don Sebastian, y que el 1.º de octubre del mismo año muriera en Flandes en el campamento, cerca de Namur, su hermano don Juan de Austria; la fortuna le sonreía, pero le sonreía de una manera horrible; la desgracia del rey don Sebastian en Africa, dejaba el trono de Portugal á un hombre débil, al cardenal don Enrique, tio del rey, á quien se creía muerto; el crimen mataba dos meses despues al gran don Juan de Austria, que estaba próximo á ser rey de Inglaterra por su casamiento con la reina Isabel, lo que hubiera dado grandes disgustos al rey don Felipe, y no es esto solo: diez y siete meses despues, el 31 de enero de 1580, muere el rey don Enrique de Portugal en ocasion en que tenia Córtes en Almeirin, para tratar de la sucesion de la corona; y cuando acontece esta muerte, se habla tambien de veneno, á pesar de que bien pudo morir de viejo don Enrique, porque ya contaba sesenta y nueve años, y era débil y enfermizo; pero esta muerte sucede cuando interesa al rey don Felipe; cuando el estado llano de Portugal se sublevaba en las Córtes, pidiendo que la sucesion á la corona no

fuera por herencia, porque de este modo Portugal se uniría bajo Felipe II, heredero por la sangre del cardenal don Enrique á la corona de Castilla; cuando el débil enfermo y viejo rey se doblegaba asustado ante el tumulto del estado llano, y los embajadores del rey don Felipe protestaban enérgicamente contra toda sucesion que no fuese por agnacion rigorosa; y aún estaba caliente el cadáver del rey don Enrique y los gobernadores del reino no se entendian, y don Antonio, prior de Ocrato, reclamaba la corona, y Portugal se despedazaba en bandos, cuando el duque de Alba entró en el reino con un poderoso ejército que el rey don Felipe enviaba para sostener con las armas su derecho, y que en pocas jornadas sometió por la sangre y por el terror al reino de Portugal, que aún gime bajo el yugo del rey de Castilla sin que sirvan para nada los tenaces esfuerzos del prior de Ocrato don Antonio, que protegido por los ingleses, aún pretende la corona de Portugal. Todo es sangre, todo misterio, todo horror en esta época de Felipe II; todo clama venganza al cielo, y la providencia de Dios hace que el rey don Sebastian exista, aunque ignorado, y que para tomar esposa haya puesto los ojos en vucencia, hija de un príncipe sacrificado por el rey don Felipe.

—¡Callad, callad! dijo doña Ana; sois un ministro del Señor, y me estais hablando de venganza.

—La venganza, cuando recae sobre crímenes, no es venganza, sino justicia.

—El rey don Felipe me ama, me llama su hija, me concede todo lo que le pido.

—Por remordimiento; porque entre el rey y vucen-

cia se levanta lívida la sombra del señor don Juan de Austria, vuestro padre.

—No hay muerte de príncipe que no se achaque á veneno, que no se atribuya á otro príncipe á quien aquella muerte convenia. ¿Dónde está la prueba de que mi noble padre fuese envenenado?

—*Vox populi, vox Dei*, dijo solemnemente fray Miguel de los Santos; la voz de los pueblos es la única que puede acusar á los reyes; y aun así de una manera muy baja, y de oído en oído; y no es solo la voz popular la que acusa al rey don Felipe de la muerte de vuestro padre: le acusan los sucesos; un mes antes de que vuestro padre muriese en Flandes, murió en Madrid, durante una noche oscura, en la plazuela de Santa María, á manos de un asesino, Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, enviado por éste á la corte para graves asuntos; todo el mundo supo que aquella muerte la habia mandado el secretario de Estado Antonio Perez; todo el mundo sabe que Antonio Perez era el favorito del rey don Felipe, y el mismo Antonio Perez ha dicho en sus *Relaciones* que el rey don Felipe le mandó la muerte de Escobedo, decretada en Consejo de Estado y mandada ejecutar á Antonio Perez; se evitó un proceso á Escobedo, y se le mató de una manera infame, porque se queria que muriese, y queria evitarse que el nombre de don Juan de Austria sonase en un proceso; se queria que don Juan de Austria muriese tambien; pero no se le queria matar por la mano de un asesino y á puñaladas, y se le mató secreta y misteriosamente por medio de un veneno. Si, la voz pública y los sucesos y los in-

tereses políticos acusan al rey don Felipe de la muerte de don Juan de Austria, y vucencia, señora, hija de aquel grande hombre, tiene el sagrado deber de vengarle, y para eso la Providencia os llama á ser esposa del rey don Sebastian.

—Huérfanas quedamos mi hermana doña Juana y yo, dijo con voz trémula doña Ana, sin saber quiénes han sido nuestras madres, ni otra cosa, sino que éramos hijas naturales del señor don Juan de Austria, y el rey nos ha criado, nos ha amparado, nos ha amado.

—Sí, es verdad, dijo con sarcasmo fray Miguel de los Santos; como negó á vuestro padre la dignidad de infante, á pesar de que era hijo, como él, del gran emperador don Carlos V, ni vucencia, ni vuestra hermana habeis sido reconocidas como infantas, á pesar de la sangre del gran emperador, vuestro abuelo, que corre por vuestras venas; que os ha criado y os ha protegido el rey don Felipe, sepultándoos desde niñas en un claustro, apartándoos de la corte, temeroso de la influencia que pudiérais tener en ella, como hijas del noble don Juan de Austria, casando á vuestra hermana en Italia con un oscuro principillo siciliano, que ningun recelo podia causarle, y haciendo profesar á vucencia en España en este convento, que es el único mundo que vucencia ha visto.

—El rey me da rentas de infanta; el rey me consiente una servidumbre igual á la de una infanta.

—Pero entretanto sois monja profesa; estais muerta para el mundo; no os podeis casar con nadie; porque el rey cree que Clemente VIII no se atreverá á libertaros

de vuestros votos; pero yo voy á Roma, vuestros votos serán dispensados por el Papa, y un dia muy próximo, el rey don Felipe verá con asombro y con terror que el rey don Sebastian existe, que se apodera de su reino de Portugal, que se lo arranca de entre las manos, y que la esposa del rey de Portugal es monja profesa, la hija de don Juan de Austria, á quien él sepultó en el cláustro, despues de haber sepultado á su padre en la tumba.

—Me estais envenenando el alma, exclamó doña Ana profundamente conmovida. ¡Oh y cuánto aborreceis al rey don Felipe!

—Soy portugués; veo á mi pátria esclavizada, desagrada, abatida, sujeta al yugo ominoso de un tirano sombrío y cruel; solo por el amor de mi pátria estoy en Castilla; solo por mi pátria vivo hace algunos años en Madrigal, porque vos, en quien yo habia puesto los ojos desde el momento en que supe que el rey don Sebastian vivia en Africa, érais monja en este convento; solo por trataros de cerca, por ganar vuestra confianza y vuestro corazon, he pretendido ser y lo he sido, vicario de este convento; yo sé que puedo fiarme de vucencia, yo sé que si vucencia no se atreve á tomar sobre sí la grande empresa que la propongo, vucencia guardará el más profundo secreto. Pero las desgracias del rey don Sebastian, la necesidad que tiene de vuestra ayuda, y el generoso corazon de vucencia, me mueven á creer que mis afanes durante tantos años no habrán sido inútiles; que vucencia comprenderá que la justicia de Dios quiere lo que yo la propongo, y accederá á ello.

—¿Y sabeis vos si el rey don Sebastian querrá ser esposo de una bastarda?

—Una hija natural del señor don Juan de Austria, reconocida por él, puede ser esposa del más grande emperador de la tierra.

—¿Y consentirá el Papa?...

—Este es asunto resuelto; para ello solo voy á Roma.

—¿Y dónde está el rey don Sebastian?

—En Venecia, secretamente amparado por aquella serenísima República.

—En Venecia dicen que hay hermosas y nobilísimas damas, dijo con acento de celos, y ruborizándose vivamente doña Ana.

—El rey don Sebastian sabe ya que vucencia es la esposa que su reino veria con placer sobre su trono, es primo hermano de vucencia, y segun la noticias que me da Guillen de Sousa, que vive hace muchos años al lado del rey, en esta carta, don Sebastian está impaciente por lograros; porque en cuanto á conoceros le hemos enviado el retrato de vucencia, que le ha enamorado grandemente.

—¡Ah! ¡Mi retrato! dijo con alegría doña Ana; no sabia yo que se hubiese enviado mi retrato á don Sebastian.

—No se creyó oportuno hablaros de esto, hasta saber lo que el don Sebastian contestaba, y el retrato que se le ha enviado, se tomó del grande que hay vuestro al óleo en el alcázar de Madrid.

—Allí no tengo hábitos de monja, dijo con cierta vanidosa coquetería doña Ana; ¿y qué ha dicho don Sebastian?

—En la mano tengo la carta que á propósito de esto me ha escrito el señor Guillen de Sousa, dijo fray Miguel de los Santos, mostrando á doña Ana una carta que habia sacado de entre sus hábitos.

—Leed, leed, dijo con interés doña Ana.

—No hay para qué leer más que lo que á vucencia atañe, que la carta es larga y menudamente escrita, y salvo en lo que á vucencia se refiere, trata de asuntos menudos y enfadosos, que molestarían á vucencia.

—Y que además de eso, sin duda asuntos que no me conciernen; veámos lo que á mí toca.

Fray Miguel de los Santos sacó una caja de plata y de ella unas antiparras, se las caló y leyó lo siguiente:

—«Mi señor me encarga diga á vuesamerced que ha recibido el retrato de la señora doña Ana, y que desde que lo vió, no pasan diez minutos sin que le saque del pecho y vuelva á mirarle, sin hartarse nunca de contemplar la hermosura de doña Ana, que le parece tal, que arde en deseos de conocerla; porque dice que hay gran diferencia de lo vivo á lo pintado, y que, ó mucho se engaña, ó doña Ana debe ser mucho más hermosa de lo que aparece en el retrato, aunque en éste está representada muy al vivo; mi señor no ha cesado de hablarme de esto en tres dias que hace que se recibió el retrato, y cada dia con más encarecimiento, y ha mandado llamar un pintor, que aquí los hay muy buenos, para que haga su retrato y enviarlo á vuesamerced cuando hubiere persona de confianza con que hacerlo. Yo creo muy bien que mi señor está enamorado, y no hay que tomarlo á maravilla; porque mi señora doña Ana, es



..... Y leyó lo siguiente:

una dama muy hermosa y muy gentil, y se ve muy representado en su retrato el altísimo origen de donde viene, y la magestad de quien ha nacido, no para vivir oscuramente escondida en el rincón de un claustro, sino para brillar sobre un trono al lado de un gran rey.»

Fray Miguel dobló la carta, la guardó, se quitó las antiparras, las metió en su caja y las hizo desaparecer bajo su hábito.

Doña Ana se había quedado profundamente pensativa.

La situación en que se encontraba era gravísima; como que se trataba no menos que de una traición contra su tío el rey de España, de la anulación de sus votos como religiosa, y de su casamiento con un rey á quien todo el mundo creía muerto.

Las palabras envenenadas del fraile agustino habían caído una á una sobre su corazón, y habían excitado el principio de odio hácia Felipe II, que germinaba dormido en el alma de doña Ana; porque en el claustro se sabe todo; porque en él había penetrado también el sordo rumor de la opinión pública, que acusaba á Felipe II de la muerte de don Juan de Austria.

Por otra parte, como hemos dicho ya, doña Ana no había nacido para monja; el rey la había mandado profesar, y había profesado; pero como han profesado tantas mujeres obligadas á obedecer por su debilidad y por su aislamiento, encontrándose colocadas en la situación de mártires.

Así es, que doña Ana, á quien ya se había hablado mucho del rey don Sebastian, había contraído por él un

extraño amor, ansiándole sin conocerle, formando en su pensamiento un sér fantástico en armonía con las aspiraciones de su alma.

Por eso doña Ana estaba triste y pensativa.

Por eso teñía sus blancas mejillas un débil matiz rosado, y sus ojos dejaban ver una mirada séria, triste, tímida, poderosa.

Doña Ana amaba como todas las vírgenes aman la primera vez.

—¿Y dónde está don Sebastian? dijo.

—Ya os lo he dicho, señora; en Venecia, protegido por la serenísima República.

—¿Y ha estado siempre allí, desde que se salvó de Africa?

—El rey don Sebastian ha estado en Africa diez y siete años, hasta hace algunos meses que pasó á Venecia.

—¿Y por qué el rey don Sebastian no ha dado señales de vida hasta ahora? ¿Por qué en el momento en que sanó de sus heridas no hizo saber á su reino que existía, para que su reino le hubiera rescatado de su cautiverio?

—El rey don Sebastian no ha estado nunca cautivo; le salvó una familia mora, y entre ella ha vivido, ocultando su nombre por la vergüenza de su derrota; y si se sabe que el rey don Sebastian vive, es por algunos cautivos portugueses que le han conocido en Africa, que han sido rescatados y han traído á Portugal la noticia. Desde que estas noticias se tuvieron, se envió á Africa al señor Guillen de Sousa, y gracias á las continuas persuasiones de éste, se ha logrado que el rey don Se-

bastian pase á Venecia, para que en la ocasion oportuna venga á su reino, protegido por venecianos, franceses é ingleses.

Pero antes, el rey don Sebastian vendrá de incógnito á España, para, ya disueltos los votos por el Papa, hacer á vucencia su esposa, salir con ella de España, é ir á ocupar á Portugal, presentándose con una fuerte escuadra delante de Lisboa.

Ahora bien, señora, dígame vucencia si quiere ser esposa del rey don Sebastian, para que yo pida al Papa la anulacion de los votos y la dispensa del parentesco, y lleve al rey don Sebastian la noticia faustísima de que vucencia consiente en ser su esposa.

—Si Dios lo quiere, y el Papa en su alta sabiduría lo estima justo y conveniente, y anula mis votos, yo me tendré por muy honrada, y seré muy contenta de que me tome por esposa una tal persona como el rey don Sebastian, dijo doña Ana con la voz trémula, los ojos bajos y vivamente encendida.

XV.

Hablaron aún por espacio de una hora el fraile y la monja, despidiéronse, y al dia siguiente por la mañana, fray Miguel de los Santos partió á Roma con el pretexto aparente de ir como delegado del General de su orden, para asuntos de la misma, cerca de la curia romana.

XVI.

Ya sabemos lo que sucedía en Venecia, y cómo salió

de ella Gabriel de Espinosa, habiendo sido el héroe de extrañas y sangrientas aventuras.

La *Bella Genovesa* habia aportado al puerto de Marsella, y desde allí, Gabriel de Espinosa se habia trasladado á Paris, buscando el amparo de Enrique IV.

Se habian tenido conferencias entre este rey, Gabriel de Espinosa, el duque de Vendome y Antonio Perez, que como secretario que habia sido tantos años de Felipe II y tan de su confianza, era una persona de cuyos consejos no se podia prescindir, tratándose de un asunto tan importante.

Pero Enrique IV no era muy espléndido, ni muy aficionado á tener junto á sí huéspedes tan peligrosos como aquel rey resucitado, propietario de un reino del cual tenia la posesion un rey tal como Felipe II.

Enrique IV contemporizaba cuanto podia, evitaba cuanto podia las guerras, cuando no las tenia, y cuando las tenia escusaba toda complicacion que pudiera dilatar el dia de una paz honrosa y conveniente para la Francia.

Por lo mismo, dió muy buenas esperanzas á Gabriel de Espinosa, porque Enrique IV, sino era pródigo de dinero, no escaseaba las palabras, le dió alguna cantidad, que no pudo buenamente escusarse de darle, algunos regalillos indispensables, y le puso fuera de su reino, logrando con su buena política, que Gabriel de Espinosa le creyese su amigo, y dispuesto á hacer por él todo lo que pudiese, y que Gabriel de Espinosa tuviese tanta ánsia de salir de Francia para comenzar su empresa, como Enrique IV de verle fuera de ella y librarse de un

compromiso, que sin haberlo podido él evitar, se le habia venido encima.

XVII.

En la familia de Gabriel de Espinosa habian acontecido cosas harto graves durante su permanencia en Paris.

La reaccion que se habia operado en Gabriel de Espinosa respecto á Sayda Mirian por los trágicos acontecimientos de Venecia, habia desaparecido.

Sayda Mirian, que una vez en su vida se habia creído amada, comprendió con dolor que Gabriel de Espinosa no la habia amado nunca; lo que era peor aún, que no podia amarla.

Gabriel de Espinosa era un sér impresionable que se engañaba y engañaba mientras duraba la fuerza de la impresion, que se gastaba con una rapidez igual al loco entusiasmo que la habia producido.

Aún no habia terminado la navegacion, y ya Gabriel de Espinosa habia recaído en su indiferentismo, en su sombrío disgusto respecto á Sayda Mirian.

La desdichada estaba en la terrible situacion de la esposa, de la cual se siente hastiado y cansado el esposo.

Veia que separada de él y vuelta á unir por una impresion pasajera, Gabriel de Espinosa estaba ansioso por romper los vínculos que á ella le unian; aun los eternos é indestructibles vínculos con que se siente ligado un hombre bien nacido por el agradecimiento.

Sayda Mirian empezaba á desimpresionarse tambien;